

EL ESPEJO DE TINTA •

EDUARDO ALBALAT
Castellote, 1973



Empezó a escribir en el colegio y ganó varios concursos de redacción infantiles, algo que, sin embargo, no evitó que abandonara la pluma durante varios años. Le volvió a picar el gusanillo hace algún tiempo, tras participar en un taller de escritura dirigido por Antón Castro. En 2017 obtuvo el tercer premio en el Concurso de Microrrelato Mirambel Negro, género y temática con los que se siente muy cómodo.

Imperfecciones



PEDRO BLESA JARQUE. Nacido en Escucha, es cámara de Aragón TV y fotógrafo de afición. Miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT). Enamorado de la Luna, las estrellas y las brujas. Y de la provincia de Teruel un paraíso para hacer fotos, de todo tipo pero sobre todo nocturnas, que son sus favoritas.

Las tardes como esta, en las que la transparencia del mar Caribe se va adueñando del sol con serenidad, son mis preferidas. Suelo sentarme en una terraza junto a la playa a dejar que la brisa y una cerveza helada agiten mis pensamientos, y ya con la segunda ir plasmándolos en el viejo cuaderno que me hace el papel de confesor.

Siempre he sido un tipo perfeccionista, de rutinas férreas y con mínimas distracciones, ni siquiera me he permitido dejar que una mujer entre en mi vida para preservar mi, digamos, correcto funcionamiento.

Pero debo reconocer que hace no mucho tiempo caí en un par de imperfecciones. Ambas las cometí el mismo día y cambiaron, como no podía ser de otra manera, mi vida. La primera nada menos que me hizo abandonar mi trabajo, cierto es que ya llevaba un tiempo pensando en dejarlo. Reconozco que mi situación era ya bastante acomodada y mi oficio es uno de esos en peli-

gro de extinción. Mis servicios eran caros, pero sin tacha. Desde que han llegado los niños de los sicarios de Sudamérica y los bestias de paramilitares del Este han hundido el mercado y han degradado la profesión hasta lo más bajo. Yo que siempre trabajé sin ruido, sin manchas, por supuesto, sin usar jamás la violencia gratuita... Qué desastre.

Este encargo llegó como cualquier otro: un sobre en mi buzón con una foto, una dirección, una mínima información de la parte contratante y mis honorarios. Siguiendo el procedimiento habitual, al salir de casa, como cada día me tomaba una cerveza en un tugurio mientras caía la noche. Al terminar me detenía a escuchar un rato a una chica que desde hacía algunos meses, pese a la constante niebla que envuelve esta triste ciudad, tocaba el saxo en la calle. Siempre jazz, siempre con un jersey de lana a rayas de colores que variaban en su tonalidad según el día, y siempre con una

mirada que me perturbaba más de lo deseable. Aunque tocaba como los ángeles estaba solo unos instantes. Cuando notaba que sus ojos me afectaban demasiado depositaba unas monedas en la funda del saxo y salía apresuradamente de ahí. Me gusta tener todo bajo control pero en esa situación había algo que se me escapaba.

Tras montar en mi coche me dirigía a la dirección indicada y tomaba notas de horarios, movimientos y cualquier cosa que pudiese influir en mi trabajo. La cara de aquel objetivo me resultaba familiar, no suelo entretenerme demasiado en la fisonomía, es un factor que podría perjudicar mi labor y al fin y al cabo yo solo soy una herramienta, un paso intermedio entre un origen y un final predeterminados.

Tras varios días siguiendo la misma rutina la información necesaria estaba completada y había que pasar al siguiente paso. En el día elegido no madrugaba, tras el almuerzo cogí como siem-

pre el All Blues, en vinilo, por supuesto, lo coloqué en el giradiscos. Cuando empezó a sonar me puse unos guantes de latex y con mimo desmonté, limpié y engrasé mi Beretta pieza a pieza. Volví a montarla e introduje tres balas en el cargador, por simple precaución, siempre acababan sobrando dos. Al terminar me aseé, me vestí y me enfundé otra vez unos guantes, esta vez de finísima gamuza negra. Coloqué el arma en su funda, me puse la gabardina y salí hacia el bar.

Ella todavía no había llegado, entré y pedí una Stout, los días de acción me apetecía algo más fuerte. Cuando la apuré me dispuse a salir. Desde la entrepuerta acerté a distinguir los acordes de Equinox. Ahí estaba, volvimos a mirarnos y volví a escapar. Ya en el coche me percaté de que había olvidado echar las monedas en su funda. Raro en mí.

Esta vez aparqué en la puerta del chalet, el Mercedes desvencijado estaba en la puerta del garaje y había luz en una estancia. Me

encaminé al portal y antes de sacar las ganchas probé suerte. La puerta estaba abierta. Entré en silencio y accedí a la estancia iluminada. Allí estaba él, sentado en un sillón frente a una chimenea apagada. Solo, como siempre. Cuando levantó la vista lo reconocí, era uno de esos políticos que salen en la tele paseando de tribunal en tribunal, no sé cual de ellos, uno más. Me engañó su aspecto tremendamente decrepito, como su coche, como su casa. Al verme entrar me miró fijamente.

-Vienes a acabar conmigo ¿no? ¿Quién te envía?

-Eso no es importante.

-Cierto, da igual. Hay muchos. Cualquiera de los que antes me adoraban, cualquiera de los que antes ponían la mano cuando yo era el que repartía. Ahora creen que sé demasiado, que soy un peligro para ellos ¡Maldito hijo de puta! Yo lo fui todo y ahora no soy nada, no me queda nada, ni dinero, ni familia, ni socios, ni amigos. Termina de una vez, no alargues más esto...

Mientras proseguía con su rosario de golpes de pecho de vulgar cacique corrupto yo paseaba por el salón. Me detuve delante de una enorme estantería llena de vinilos. Thelonus, Miles, Parker, Coltrane... todos.

-Tiene buen gusto.

- ¿Esa mierda? Es de mi hija, mi enésima decepción. Lo pudo tener todo y me dejó aquí tirado para irse a tocar ese instrumento del demonio por las calles. Le faltaron unas hostias a tiempo, hace meses que no sé de ella.

Cuando en uno de los estantes vi en un rebullo un jersey de lana a rayas de colores el cerebro casi me salta por los aires.

El tipo seguía con sus mierdas, le hice callar con un gesto.

-Venía a matarle, pero voy a darle la oportunidad de hacerse un favor.

Dicho esto, deposité la pistola cargada en la mesa a escasos centímetros de él, me di la vuelta y salí. Cuando llegué al coche, abrí la puerta pero no entré, esperé unos segundos hasta escuchar el estampido sordo. Solo entonces monté, lo puse en marcha y me fui.

Mi último trabajo, imperfecto pero terminado. Cuando llegué a casa vi al aparcador que el bar todavía estaba abierto. Al mirar por el cristal vi que ella estaba dentro.

Bueno, ya he escrito bastante por hoy, el sol está a punto de desaparecer y la brisa pese a ser caribeña ya es fresca. Apuro mi cerveza y tras pagar salgo paseando por el malecón dejando perder mi vista en el océano. Tras unos cientos de metros, confundido con ruido del oleaje, distinguiendo la melodía de A love supreme. Ralentizo mis pasos para llegar a su altura justo con los últimos acordes. Ahí está mi segunda y última imperfección. Me mira, sonrío y me besa.

-¿Vamos?

-Vamos.